



EL CLUB DE LOS INVISIBLES

DOLORES FERRER MARÍ

edebé

DOLORES FERRER MARÍ

EL CLUB DE LOS INVISIBLES



edebé

© Dolores Ferrer Marí, 2012

© Ed. Cast.: edebé, 2012
Paseo de San Juan Bosco, 62
08017 Barcelona
www.edebe.com

Directora de la colección: Reina Duarte
Editora de Literatura Juvenil: Elena Valencia
Diseño de cubiertas: César Farrés
Fotografía de portada: Comstock / Jupiterimages / Thinkstock

1.^a edición, febrero 2012

ISBN 978-84-683-0418-2
Depósito Legal: B. 6408-2012
Impreso en España
Printed in Spain
EGS - Rosario, 2 - Barcelona

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

Índice

Prólogo	7
1. La gasolinera	9
2. Lex	17
3. La tienda	22
4. El cartel	28
5. El Merendero Fantasma	32
6. La reunión	38
7. Yaya	46
8. Los periodistas	56
9. La excursión de Ana	62
10. Simón dice	68
11. Grupo de búsqueda	73
12. Rescate	79
13. Pelea en el desayuno	85
14. La extraña desaparición de Al	91
15. La verdad	96
16. El enviado de Don Destí	101
17. Dos tazas de café y algo más	106
18. La Boca del Demonio	111
19. La nevera	117
20. Doble rescate	123
21. Sms	128
22. Los Invisibles se reúnen	133
23. La cueva	139
24. Encerrados	144
25. El Culo del Demonio	148
26. Una lección para Edu	153
27. Después de la aventura	159

Prólogo

Era de noche y por la ventana abierta se colaba la música procedente de una casa vecina.

Sobre la mesa del comedor se amontonaban objetos robados aquel día a incautos turistas que habían ido de vacaciones a la ciudad.

Ángel revolvió dentro del armario en busca de unos pantalones apropiados para la montaña. Los añadió al montón que había sobre la cama y abrió el cajón del escritorio.

La pistola estaba en su sitio, cargada y lista para ser usada. Era ilegal, al igual que las dos escopetas que su compañero estaba limpiando en la cocina.

Ángel introdujo un par de prendas en la bolsa y revisó la lista antes de ir a la cocina a por un abrelatas.

Lo estaba buscando cuando sus ojos tropezaron con la foto de su objetivo.

La cogió con dedos temblorosos y miró el joven y sonriente rostro en su último día de colegio.

—Tenemos que hacerlo, sabes el porqué. No lo pienses más —dijo Toño quitándosela y guardándola

en la carpeta donde tenían todos los datos de la operación.

—Pero... —empezó Ángel indeciso—. ¿Un secuestro?

—Es necesario para el plan —aseguró Toño comprobando el gatillo.

—¿Y las armas también? No soy ningún asesino.

—Escúchame bien, Ángel. Haré lo que sea necesario y tú también. ¿Cuál es el plan?

—Ir a ese valle. Espiar el campamento Apaput y cuando veamos a..., bueno, asegurarnos de que desaparece y pedir el rescate —recitó Ángel viendo cómo Toño guardaba una de las escopetas.

—Así es. Salimos a primera hora. Si las cosas van bien volverá a su casa y nosotros a la nuestra —dijo mirando la foto—. Pero si las cosas salen mal, prefiero ser yo quien regrese.

1. La gasolinera

El día anterior el hombre del tiempo había pronosticado un sol de justicia, pero resultaba más impresionante escuchar los esfuerzos del climatizador del coche, lanzando chorros de aire para intentar compensar el calor.

El monótono e interminable roce de las ruedas sobre el asfalto a ciento veinte por hora se había colado a través de los auriculares de Juan y le estaba dando dolor de cabeza y ganas de ir al baño.

Cuando el turismo se detuvo en la gasolinera, antes incluso de que su padre bajase del vehículo, Juan abrió la puerta y saltó al exterior en su prisa por llegar a los lavabos.

Sabía que no era una buena idea, pero apenas podía contenerse.

Se dio tanta prisa como pudo, pero al salir del baño, subiéndose todavía la cremallera de los vaqueros vio la matrícula trasera del coche alejarse en dirección a la autopista.

—¡Papá! ¡Mamá! —gritó corriendo detrás de ellos, aunque sabía que sería inútil—. ¡Esperadme!

Un SEAT León de color rojo pasó tan cerca del muchacho que éste se vio obligado a saltar a un lado para evitar ser atropellado.

Cuando levantó la vista, el coche de sus padres había desaparecido. Juan se miró los codos en donde encontró algunas piedrecitas clavadas. Con una mueca se las quitó y estiró con las uñas del índice y el pulgar los restos de piel muerta.

No había sido grave.

No le gustaba llorar, pero el nudo que se le formó en la garganta y el escozor que sentía en los ojos se estaban volviendo insoportables.

Sus padres se lo habían dejado olvidado en una gasolinera, como al perro de un anuncio, y no por primera vez.

Su madre dirigía un colegio, y su padre era médico, pero a pesar de ello, ambos lo olvidaban continuamente. Y no eran los únicos, la gente parecía no verlo aunque estuviese delante.

Miró de nuevo hacia la autopista.

Sus padres conducían hacia el campamento de verano sin el campista de trece años al que acompañaban.

Una gota le rodó por la mejilla y se la secó con el brazo.

—Es sudor —murmuró para sí mismo.

Decidido a no rendirse, cruzó el descampado hacia el restaurante de la estación de servicio.

Caminaba algo encorvado y con las manos en los bolsillos. Mantenía la cabeza baja para que el sol no le diese en los ojos mientras el pelo color arena se le pegaba por el sudor a la frente.

Iba pisando su sombra, de modo que pudo verla desaparecer cuando una nube cubrió el sol y el día perdió su luminosidad.

—Qué extraño —murmuró, colocándose bien las gafas de montura metálica.

Se detuvo ante la puerta y localizó en un enorme mapa el sitio exacto en donde se encontraba antes de llamar a sus padres.

Ninguno respondió.

Tecleó rápidamente un mensaje y seleccionó la opción de envío antes de cerrar la tapa con un golpe seco.

Subió las escaleras de entrada con ganas de llegar al restaurante. Un mal presentimiento se apoderó de él a medida que el cielo se volvía plomizo por los oscuros nubarrones.

Con la sensación de que algo horrible iba a ocurrir, corrió hacia el edificio mientras el aire se volvía frío a su alrededor.

—Seguro que tardan en darse cuenta de que no voy con ellos —murmuró molesto, porque no era la primera vez que le sucedía algo parecido.

Pasó por delante de la tienda en la que se exponían revistas y *souvenirs*, y se dirigió a la barra en donde esperó su turno. Una pareja de alemanes, con pantalones cortos, chanclas negras y calcetines le apartaron de un empujón y se colaron sin dirigirle siquiera una mirada.

—¡Eh! —protestó Juan.

La gente solía ignorarlo, pero no de forma tan exagerada.

Viendo que ninguno le hacía caso gritó más fuerte, pero siguieron sin mirarle.

Atrapado entre aguantarse o armar bulla, y viendo que la camarera ya les estaba atendiendo, decidió esperar, convencido de que no le concederían crédito a un chico de su edad.

Cuando los alemanes se alejaron con su pedido, Juan se aproximó a la barra.

—Póngame dos dónuts y...

Sin dejarle terminar, la camarera se dio la vuelta y empezó a limpiar uno de los mostradores posteriores.

—Señorita, por favor. Dos dónuts y una Coca-Cola grande. ¡Eh! Vuelva —exclamó al verla marcharse.

Juan vio cómo se alejaba la mujer en dirección a la cocina y pateó el suelo furioso.

—¡Estoy aquí! ¡Maldita sea! —gritó.

Enfadado, se aupó a la barra para alcanzar él mismo los dulces.

Soltó un grito de sorpresa cuando al alargar la mano fue incapaz de verla.

—¿Qué? No ¡No! ¡NO! —gritó desesperado mientras se inspeccionaba, al ser incapaz de verse los pies o cualquier otra parte del cuerpo.

Corrió hacia la tienda, en la que había un espejo, y comprobó que al igual que los vampiros de las viejas películas que les gustaban a sus padres no se reflejaba en él.

—¡Socorro! ¡Ayúdenme! —suplicó mientras se acercaba a la dependienta, pero ésta le ignoró.

Un grupo de turistas entró entonces, arrollándolo a su paso, empujándole una y otra vez sin darse cuenta.

—¡Estoy aquí! ¿Nadie puede verme? ¡No soy invisible! Miradme, por favor.



—Estoy aquí —repitió al incorporarse en la cama—. ¡Ay! —exclamó al golpearse la cabeza contra la litera de encima.

A Juan, el corazón le latía muy rápido y el sudor le corría por la espalda. Las sábanas se le habían hecho un nudo que le aprisionaba las piernas y al principio fue incapaz de adivinar dónde se encontraba.

Él era hijo único y desde luego aquélla no era su habitación.

Otras cuatro literas, con dos chicos durmiendo en cada una de ellas, se alineaban contra la pared. La luz de la mañana se colaba a través de las ventanas.

El trino de los pájaros confundió a Juan, ya que estaba acostumbrado al ruido del tráfico, pero la música que surgió repentinamente de los altavoces terminó por espabilarlo y hacerle regresar a la realidad.

La semana anterior sus padres lo habían olvidado en la gasolinera mientras lo llevaban al campamento Apaput el día antes de marcharse de crucero, pero habían regresado a por él.

Los había esperado en el restaurante, y aunque la dependienta lo había ignorado, no se había vuelto invisible.

Juan deseó entonces seguir dormido y poder despertarse en su cama.

Alejandro Destí, de trece años como él pero mucho

más alto, saltó de la litera que tenía encima y se encaminó al baño común.

Juan se apresuró a seguirlo, aunque manteniendo cierta distancia.

El padre de Destí era un importante empresario, pero en aquel momento protagonizaba las portadas de las revistas por encontrarse a la espera de juicio. Todos decían que era una especie de mafioso, incluido el padre de Juan, que se había pasado la mitad del viaje hasta el campamento exponiendo su opinión.

Algunos chicos decían que si alguien contrariaba a Alejandro, éste lo hacía desaparecer.

Juan no estaba muy seguro de que esas habladurías fuesen ciertas, pero prefería mantenerse al margen.

Él no era invisible como en su sueño, pero a menudo se sentía así. Sus padres no eran los únicos que lo olvidaban. La mayoría de la gente no se percataba de su presencia.

Se lavó tan deprisa como pudo y corrió hacia el comedor, ya que la primera noche se vio obligado a comer coliflor y guiso de anguila (¡guiso de anguila!, ¡puaj!), porque llegó el último a la cola y le sirvieron las últimas salchichas al chico que tenía delante. Luego la camarera se disculpó por no haberlo visto, pero el asunto ya no tenía solución.

¿A quién se le ocurría servir anguila en un campamento?

El sueño se había esfumado al abrir los ojos, pero la sensación de peligro persistía.

Juan se preparó para otro triste día.

En el campamento Apaput se exigía que los campis-

tas participasen todos los días en algunas de las numerosas actividades que se programaban y se reprendía a aquellos que no lo hacían.

Juan se había apuntado a fútbol, voleibol y natación, pero los monitores lo olvidaban siempre en el banquillo y no había jugado ni un solo minuto.

Por si fuese poco, los demás chicos le ignoraban, los móviles no tenían cobertura en el valle y el único pueblo de las cercanías era tan pequeño que contaba con un único bar y una tienda de ultramarinos. Así que pasaba los días sin hacer nada.

Con las manos en los bolsillos y el paso rápido, Juan pensó que en casa estaba solo, pero al menos allí tenía sus cosas para entretenerse y lugares conocidos en los que pasear. En el campamento se sentía abandonado.

Pasó por delante de la puerta que daba a la cocina, en donde dos hombres descargaban sacos de la camioneta de la tienda del pueblo. Ayudándoles había una muchacha delgada y bronceada por el sol.

Juan la había visto en el pueblo, hablando alegremente con unos y otros. Tenía unos enormes ojos negros y una nariz respingona que fruncía cuando algo la molestaba, como en aquel momento. Todos la miraban y parecían querer agradecerla.

Juan la envidió.

Un movimiento a la espalda de los trabajadores le llamó la atención a tiempo de ver a Edu y sus dos amigos esconderse detrás del camión con una sonrisa que no auguraba nada bueno.

Eduardo era el chico más repelente que Juan hubiese conocido nunca. Disfrutaba gastando bromas pesadas y

haciendo quedar mal a los demás. Para ello se escudaba tras Charlie y Micky, sus dos amigos, y en la reputación de su madre, una actriz de series de televisión y habitual de los programas del corazón.

De un modo instintivo, Juan miró a su alrededor en busca de la fuente de diversión de Edu, ya que lo único que le hacía sonreír de aquel modo era una cámara de televisión o la expectativa de que otro lo pasase mal.

No tardó en ver a un grupo de niñas que entraban en el comedor, y bajo los escalones que estaban subiendo, la mecha de una traca que se consumía con rapidez.

Juan corrió en su dirección, gritando que se apartasen.

La sensación de opresión que había tenido en el sueño volvió a llenarlo al comprobar que no le hacían caso. La única que se giró fue una niña de ojos y cabellos castaños que se detuvo justo al lado de los explosivos.

Juan se lanzó en plancha dispuesto a apartarla de un empujón, pero cuando ya estaba a punto de alcanzarla, una fuerza invisible le golpeó enviándolo de vuelta hacia atrás. La niña pareció sufrir un empujón semejante que pasó inadvertido a los demás con la repentina explosión de los petardos y los gritos de las niñas.

Juan se tocó el pecho allí donde había sido golpeado, preguntándose qué había pasado.